

1. África

Este es un cuento de Botsuana. Los niños y las niñas de este país también conocen los cuentos de brujas. Brujas malas, malísimas y perversas que engañan a las niñas y a los niños para comérselos asados, como la de Hansel y Gretel. También las brujas de Botsuana preparan pócimas y venenos con plantas. Además, poseen objetos mágicos y animales que las acompañan en sus fechorías. Pero, a diferencia de las que tú conoces, las brujas de Botsuana no tienen escoba, sino un bastón mágico, y en vez de un gato, las acompaña una hiena. ¡Menos mal que siempre hay



*gente sabia y buena en todos los cuentos!
Adivina qué es lo que hace el sabio de este
cuento para que esta bruja no se salga con la
suya.*

La Bruja de las Arenas Cantarinas



Había una vez un pastor que vivía en un poblado junto al desierto de Kalahari. El día que su mujer murió, decidió construir una cabaña en el árbol más alto.

Pensó que, como sus tres hijos pasaban el día solos, esta era la única manera de librarlos de la Bruja de las Arenas Cantarinas.

Antes de salir con el rebaño, siempre les daba los mismos consejos.

—Hijos míos, recoged la escalera de cuerda en cuanto me vaya. No bajéis del árbol, no habléis con desconocidos ni echéis la escala para que suban. Y, recor-



dad, cuando vuelva, silbaré tres veces para que sepáis que he llegado.

Como las dos niñas y el niño eran muy obedientes, siempre hacían lo que su padre decía. Además, lo querían tanto que cada mañana se despedían de él con mucho cariño. Comenzaba siempre la mayor y acababa la despedida el más pequeño:

—Que tengas buen día y encuentres pastos y agua abundante para las vacas.

—Pediré a las nubes que te resguarden del sol.

—Espero que el tiempo pase muy de prisa y vuelvas pronto para jugar conmigo.

Durante las horas que el padre estaba fuera, las niñas le contaban historias a su hermano; cantaban, saltaban, se columpiaban, jugaban al escondite... Todas estas cosas y muchas más las hacían sin bajar del árbol. Cuando oían los tres silbidos, echa-

ban la escala y gritaban de alegría. Después de cenar, los tres niños bajaban a jugar y a correr por el campo bajo la atenta mirada de su padre.

Pero un día recibieron una visita inesperada.

Aunque la cabaña estaba escondida entre las ramas, la Bruja de las Arenas Cantarinas fue capaz de verla. Pasaba por allí, cabalgando a toda prisa encima de una hiena.

—¡Frena!, ¡párate!, ¡detente de una vez! Quiero saber si en esa cabaña vive alguien o está vacía.

La Bruja bajó de la hiena y se acercó a la acacia. Desde abajo pudo oír la voz de unos niños que cantaban. Así que, sin pensarlo dos veces, les habló con su voz más dulce:

—Niños, tiradme la escala para que pueda subir a veros.

Los tres hermanos no hicieron ni caso y siguieron cantando.

Pero la Bruja no se fue. Se escondió y esperó a ver lo que pasaba. Estaba segura de que, muy pronto, esos niños caerían en sus manos. Al atardecer, vio cómo un pastor se acercaba a la acacia, silbaba tres veces e, inmediatamente, aparecía una escalera de cuerda.

—¡Así que tienen una contraseña! —exclamó sorprendida la Bruja—. ¡Ja, ja, ja! Mañana, los tres niños serán míos.

Visto lo visto y dicho lo dicho, la Bruja se montó en la hiena. Feliz y contenta, marchó hacia su choza que estaba en el desierto, en un lugar llamado las Arenas Cantarinas. Las gentes de estas tierras le habían dado ese nombre porque, al pisar sus arenas blancas, se oía un rumor de voces como si muchas personas estuvieran cantando.

Cuando el pastor se enteró de la visita que habían tenido sus hijos, se preocupó muchísimo. Aquella tarde, les repitió una y mil veces lo mismo:

—Estad atentos y vigilantes. Recordad que la Bruja de las Arenas Cantarinas jamás se da por vencida.

A la mañana siguiente, los tres niños despidieron a su padre y le desearon un buen día. La Bruja, que estaba escondida, esperó a que el pastor estuviera lejos. Cuando sus ojos no alcanzaban a ver al rebaño, se colocó debajo de la acacia y silbó tres veces.

Los niños se quedaron sorprendidos pero, a pesar de todo, echaron la escala. Seguramente pensaron que a su padre se le habría olvidado algo. Segundos después, en la cabaña se oyeron gritos de terror. Unas manos huesudas y grandotas se agarraban a su pelo, a sus brazos y a sus cuellos.



—¡Ya sois míos, ya sois míos!

La Bruja ató las manos a los tres niños, los sentó encima de la hiena y se los llevó a su choza.

Al atardecer, el padre regresó con el rebaño. Como siempre, volvía contento de poder estar con sus hijos.

Cuando vio la escalera de cuerda sobre el tronco del árbol, se temió lo peor. Rápidamente, subió a la cabaña y la encontró vacía. Sus gritos de dolor llegaron hasta el desierto.

—¡Hijos míos, hijos míos! ¿Qué ha sido de mis hijos?

Con el corazón roto, el padre se fue corriendo a pedir consejo al más sabio del poblado.

—La Bruja de las Arenas Cantarinas ha raptado a mis hijos. Dime, ¿qué puedo hacer para recuperarlos?

—Solo hay una manera de rescatarlos y no es sencilla —dijo el hombre sabio muy preocupado—. Tienes que llegar hasta la choza de la Bruja y apoderarte de su bastón mágico. Para que ni ella ni la hiena te oigan cruzar las Arenas Cantarinas, tocarás con este palo mágico el tambor de oro que te voy a prestar. Recuerda que debes hacerlo cuando entres en las blancas arenas. Después, haciéndote pasar por un anciano, llamarás a su choza para que te dé algo de comida. Lo demás, depende de la suerte.

—Seguiré paso a paso todos tus consejos —aseguró el pastor un poco más tranquilo.

El pastor se disfrazó de anciano y, tras ponerse un manto sucio y harapiento, marchó en busca de la bruja. Cuando las arenas del suelo se volvieron blancas, se detuvo. Comenzó a tocar el tambor y, solo

entonces, puso el pie encima. De este modo cruzó las Arenas Cantarinas. Al llegar frente a la choza de la Bruja, escondió el tambor, puso los ojos en blanco y gritó:

—¡Soy un pobre viejo que está ciego!
¡Apiádense de mí que estoy hambriento!

La Bruja, muy enfadada, salió a la puerta.

—¿Cómo es posible que hayas llegado hasta aquí? No he oído tus pasos. Tampoco la hiena los ha debido de oír porque, de lo contrario, estarías muerto.

Iba a darle con la puerta en las narices, cuando la Bruja se dio cuenta de que el anciano llevaba un tambor de oro bajo el manto. Entonces, con la única intención de envenenarlo y quedarse con aquel valioso objeto, lo invitó a pasar.

Una vez dentro de la choza, el pastor abrió los ojos para no perder ni el más mínimo detalle. En el centro había una gran



olla sobre el fuego y la Bruja removía y removía en su interior con su bastón mágico. Sentados en el suelo, estaban sus tres hijos tiritando de miedo.

El pobre hombre disimuló como pudo las ganas de abrazarlos y exclamó:

—¡Cómo huele! —y añadió—: Lo que bien huele, mejor sabe.

—No te impacientes, buen hombre, que ahora probarás el guiso. Te pondré un poquito en un cuenco —respondió la Bruja soltando el bastón mágico.

La Bruja dejó de remover y se acercó a una repisa para llenar un cuenco con hierbas venenosas. Aprovechando este descuido, el pastor se apoderó del bastón mágico. Con todas sus fuerzas lo hizo añicos y lo tiró al fuego.

La Bruja corrió la misma suerte que el bastón. Al sentir que su cuerpo se rompía,

dio un grito de dolor. Pero antes de que le diera tiempo a gritar de nuevo, acabó convertida en un montón de cenizas. La hiena, que oyó el grito de su dueña, huyó despa- vorida hacia el desierto.

El pastor, loco de contento, corrió a abrazar a sus hijos. Los cuatro regresaron a su casa dando saltos y cantando. El padre llevaba el ritmo tocando el tambor.

Al oírlos llegar, todo el poblado salió a recibirlos. Aquella noche hubo una gran fiesta para festejar el final de la perversa Bruja y el comienzo de una vida feliz y tranquila.